

FRANKLIN RUVEDA

## CHAMAME Y HUMOR

Lo más serio del humor es su imposibilidad de definirlo. Ni gracia, ni broma, ni solamente ingenio, ese contrapelo de las cosas, sirve para el ejercicio en traluz de la mirada del hombre. Algunos lo consideran triste, o tal vez, melancólico resultado de un regreso desde el punto en que antes fuera serio lo que hoy se desconfa que lo sea, al menos en igual medida. Es común que en las fracturas del hombre con sus cosas, el espacio libre y sus entresijos, se llenen de humor.

Cuando se me preguntó qué opinaba del humor en el chamamé, supe por un largo tiempo que el humor estaba en preguntarle a un correntino que se considera seriamente identificado con esa expresión regional, cómo se siente ubicado de vuelta desde esa trascendencia apreciativa inicial. Considero que para mí, la pregunta no tiene salida, porque sobre esa música de mi tierra esto aún en valorización formal, en el progresivo concepto de su valor. No he comenzado a desilusionarme todavía de lo que vale, así que no puedo asociarla al juego así fuese levísimo, del desencanto.

Creo que para la mayoría de los correntinos, el chamamé es poderosamente vital, para que contenga alguna predisposición a situarse en el traluz de lo que está dejando de ser. Es demasiado joven para eso. El humor es una excelencia juvenil de la pesadumbre, anterior todavía a la tristeza definitiva. Y para esta exquisitez elegante hay que vivir lo suficiente. Algunos no la alcanzan ni en el umbral de la vejez.

Los motivos anónimos del chamamé, si ya vamos a incluir en esta denominación reciente a la anterior polquita correntina, no tuvieron letra. Así llegaron a nosotros "La caú", "La llorona", "Fierro punta"; el primero que recuerdo cantado fue "El Carau", un compuesto, es decir la forma

popular regional del romance literario, con música, también de autor anónimo. De esta nómina, en la que faltarán seguramente composiciones que se perdieron o ignoradas por el que esto escribe, surge que la letra ha sido un complemento posterior en esta forma musical, relativamente nueva entre las expresiones folklóricas argentinas.

No hace mucho tiempo surgió el culto jocoso de algunos letristas, afincados en el mercado metropolitano del derecho de autor y en la puja de ganar popularidad en los tablados del sainete. Aquellos temas gruesos, de ridiculez festiva, fueron ajenos a la hondura, casi solemne, con que el correntino siente lo propio. Además, aquel tratamiento de comicidad estaba a leguas del humor, aunque para algunos pudo acercarse a lo festivo revelador.

El paisano de Corrientes sabe del humor, aunque no se lo explique ni esté ejercitado en su análisis. Su guaraní chispeante es por momentos un traluz revelador. Sus dichos, frases, puntadas verbales a hechos y cosas de la vida, son para meditar sobre su profundidad. Pero ese caudal proviene de una maceración existencial, de la experiencia vivible de él o vivida por otros que la han transmitido al acervo verbal del ambiente y transita la filosofía de vivir, como saldo mental de la experiencia. Cuando canta, no se sirve del humor, porque ese acto del sentimiento ya lo conduce de otro modo, le sirve para una velada confesión distinta. Con su música de alma, no se castiga sonriendo.

El velado humor del chamamé, se me ocurre es de índole melódica. El cabal chamamé es repentista, de enlazado efecto sorpresivo, súbito e imprevisible. Dicen los que saben música que su esencialidad se interpreta improvisando sobre un presupuesto melódico o línea expresiva y que esa virtud es propia del jazz, el cante jondo y el chamamé. Un chamamé nunca puese ser escrito integralmente en el pentagrama, como la polca; lo que es, está fuera de toda escritura musical, viene y retorna a la inventiva genial del ejecutante que halla al contrapelo de un tema dado, el desdoblado revés de algo propuesto. Ahí, el chamamé, entiendo que se acerca a ese traluz del que el humor desprende el otro reflejo inesperado de su realidad.

Pero entiendo del chamamé que su humor es un desdoblamiento vitalista, la otra realidad creativa de lo que puede quedar en vida convenida y convencional. Su valor de sugerencia no es por lo tanto intelectual ni la sutileza de su revelación para el razonamiento meditativo. Su humor re-

creador, salta del instrumentista que ejecuta su peculiar juego interpretador de las cosas.

Y a menudo, se traslada a esa otra ejercitación popular del silbido, cuando el que silba acompaña circunvoluciones personales del pensamiento. Porque hay que oír un chamamé silbado que va desenredando, casi entre dientes, ecos que uno tiene para consigo mismo y que se van soltando de adentro, solitariamente, del que pasa en bicicleta por la ciudad, camina el campo al paso de un caballo o mira la inmensidad del estero desde el cobijo del rancho, conversando a su modo con la profundidad de la vida. Así como el humor, cuando desdobra su trasfondo de las cosas.